La ventaja de conocer tu nombre

Justo cuando me había decidido a saludarte y vencer mis enloquecedores nervios, pasó la maestra Irma y me regaño por estar fuera del salón. Te vi a lo lejos entre pasillos y maldije la segunda hora de historia pues no podría salirme al baño para, por lo menos, verte por un segundo. Había pasado toda la noche pensando en qué decirte, qué chistes contarte para hacerte reír; preguntarte si conocías cierta canción de mi grupo favorito y tal vez, con toda naturalidad preparada y ensayada, preguntarte si podría verte en el primer descanso. Tenía que hacerlo hoy pues el sábado comenzaban vacaciones y no podría esperar tanto para acercarme. ¿Por qué el mundo se detiene cada vez que pienso en ti? ¿Por qué no puedo hacer mi tarea planeando cómo conocerte? ¿Por qué tienes que estar siempre rodeada de tantos amigos que seguramente sólo quieren hacerse los encantadores frente a ti? Enamorarse de alguien que tiene tres años más que uno es una verdadera fatalidad; ningún poeta o escritor podría jamás describir mi agonía, esta abatida subsistencia, este suplicio de no conocer siquiera cómo te llamas. ¿Por qué no estudio en preparatoria? ¿Algún día podrás mirar con correspondencia mi uniforme de secundaria?

La tercera hora se me hizo eterna. ¿Es verdad que necesitamos aprender química para pasar de año? El profesor Arturo habla con tanta lentitud que las dos moléculas de hidrógeno ya se condensaron y solamente por fastidio se mezclaron con una de oxígeno… ¡Cuánta sed me da esta clase…! Treinta minutos más y por fin el primer descanso. ¿Irás hoy a jugar futbol? ¿O a la cafetería para sentarte a platicar con tus amigas? Tendré que correr como loco para subir pisos y atravesar todos los edificios para encontrarte. Si conocieras todos los reportes que me han puesto sólo por salirme del salón e intentar encontrarte en la sección de preparatoria. ¡Mi mamá ya me preguntó que si estaba loco o había perdido la cabeza! *"¿Qué haces siempre fuera del salón chiquillo flojo? ¿Crees que pago la colegiatura para que juegues y no estudies? Ya ponte a estudiar… concéntrate en tus clases y hazle caso a tu profesora Eréndira. Ya falta poco para que salgas de año."* Platicarle a mi mamá que estaba enamorado de una niña de quinto de preparatoria seguro hubiera firmado mi sentencia. Dos minutos y el timbre… un minuto… y…

No creo que notes cuando te miro. Estudio tus movimientos, tus carcajadas naturales, tus sonrisas obligadas (cuando te aburres de una plática siempre buscas un espacio para caminar) cuando estás aburrida cantas cualquier canción con voz fuerte como ambicionando marcharte de ahí. He dejado pasar días –justo hoy cumplo 2 meses enteros- sin jugar básquetbol con mi salón sólo para sentarme aquí, esperando a que la casualidad me diga tu nombre. ¡No quiero morir sin antes saber cómo te llamas! ¿Y si mañana me cambian de escuela? ¿Y

si se acumulan mis reportes y no te vuelvo a ver? Concéntrate… Ahí, escrito en tu nombre, está el inicio del día y el final de la noche. Si tan sólo me reconocieras y me saludaras; ¿acaso soy tan pequeño como para evadirme en el camión escolar donde viajamos cada mañana? Ya no puedo más, tengo que saber cómo te llamas y hoy, antes de irnos de vacaciones tengo que saberlo. ¡Mis desvelos deben de tener un nombre! Y el timbre suena de nuevo, llamándonos a clases, a encerrarme y esperar un par de horas más para poder mirarte. Regresamos a salones, como ovejas desganadas y subyugadas. Camino detrás de ti mientras jugueteas con tus amigos… los celos hacen de las escaleras una enorme montaña que me impide alcanzarte y de nuevo, como cada recreo desperdiciado sin tu nombre, me detengo en el piso de secundaria y repaso todos tus movimientos, lo que hoy comiste, el uniforme de deportes y la bufanda que no conocía. Me siento aún más pequeño cuando por casualidad estoy cerca de ti. Seguramente no recuerdas que una tarde, cuando estaba castigado en dirección por bailar en clase de matemáticas, entraste a la oficina del director y me miraste con extrañeza. Buscaste más gente en el cuarto y sin encontrar con quien hablar, me preguntaste: "*¿sabes dónde está el Licenciado Padilla?"* ese fue el día que más cerca estuve de tener un infarto a los 14 años. Un sublime 30 de Octubre. Sacudí mi cabeza negando lo que pedías y cuando saliste de la oficina bendije alegremente mis pueriles bromas que por fin me habían llevado a ti. Desde ese día, sin que nadie comprendiera lo que es la pasión en silencio, pasé más tiempo en la sala de reportes con el director que aprendiendo en clases. Pero la casualidad había sido muy indulgente conmigo como para repetir su milagro.

Todo el día pasé sin verte de nuevo. La profesora de historia nos castigó por hablar y nos quitó casi diez minutos del segundo descanso. ¡Miseria en su absoluta expresión! Corrí para buscarte y no había nadie en el tercer piso, ni en el segundo, ni en la cafetería ni en la sala de conferencias. Sólo faltan dos horas para vacaciones y no conozco lo más necesario para respirar con ecuanimidad. ¿Podré permanecer vivo y sin ti durante 2 semanas? ¡No puedo concluir así el día!

La fe justifica los rezos de un alma desesperada y ávida de esperanza. Creo que Dios se apiadó de mí y el milagro sucedió…

En un intento desesperado por salir del salón, grité lo más fuerte que pude: *"¡Viva México señores!"* justo cuando la maestra de Civismo nos hablaba de las próximas votaciones para presidente. Fue suficiente para que me llevara a la dirección con un reporte más a mi cuenta. Era lo único que podía hacer para conquistar y vencer a la casualidad ya que ésta insistía tanto en evadirme.

El director, visiblemente ocupado no indagó mucho en mi travesura. *"¿Qué voy a hacer contigo? ¿No tienes nada mejor que hacer que dejarte llevar por tus*

impulsos?" y cambiando de tono, suspiró y revisó ciertos papeles en su enorme escritorio de vidrio. *"Mira… mañana salen de vacaciones y no creo que tu madre quisiera enterarse de que tiene cita conmigo justo antes de irse a descansar, ¿verdad? De hoy en adelante vas a ser mi secretario personal, ¿qué dices?"* Se veía apurado y atareado con llamadas que entraban y salían, citas que confirmaba, profesores que ingresaban y desaparecían sin darse cuenta que estaba yo ahí, sentado, en la silla principal de la oficina. *"Mira, entrega estas dos boletas perdidas y diles a estos alumnos que las firmen de recibido y les arrancas el talón de confirmado, ¿estamos? ¡Corre que nos urge irnos sin pendientes!"* Me levanté apresurado y al salir de la oficina, abriendo los folders con las boletas dentro, la sangre golpeó mi corazón con tanta fuerza que tuve que detener mi carrera. La foto en una de las boletas era de ella y justo junto a su cara y sonrisa que tanto había examinado, aparecía el siguiente nombre: *Julieta R. Mendoza*

Escuchaba sólo la sangre que se agolpaba en mi pecho y la respiración que se hacía profunda y afanosa. Parpadeé varias veces para confirmar el milagro y cada vez que miraba el papel, tu rostro aparecía ahí, siempre sonriendo, siempre con el mismo nombre…*Julieta, Julieta, Julieta*.

Caminé y entregué la primera boleta. Fui después al salón de *Quinto Grado A* en la sección de preparatoria y, con una valentía que jamás hubiera esperado de mi mano, llamé a la puerta de lo que ante mis ojos sentía que era la entrada al Paraíso; y como una fantástica y turbadora realidad, la puerta se abrió…

Final

Sigues sin saber mi nombre y sin saber en cual año estudio. Sigues sin imaginarte que a diario espero encontrarte en el transporte y escuchar tu voz que platica con tanta ansiedad la fiesta del fin de semana. Sigues sin imaginar que te protejo cuando alguien quiere burlarse de ti quitándote tu botella de agua. Sigues sin saber que quiero ser ingeniero y que me gusta mirar televisión todas las tardes. Sigues sin saber que podría convertirme en luz sólo para iluminar tu cara. Sigues sin saber que estoy escribiéndote sin necesidad de que te enteres qué hay debajo de mis lentes, de mi mente, de mi piel. Sigues sin saber que dibujé tu nombre exactamente 78 veces en el reverso de mi cuaderno de biología. Sigues sin saber que me quedan grandes los zapatos que me compraron para este año. Vives sin saber que la coincidencia hizo de mi vida una mejor y más afable existencia.

Ya no importa que mi vida te sea desconocida. Los desvelos tienen justificación, los recreos mágicamente extienden su tiempo, las tareas pierden molestia y las matemáticas, súbitamente, me son interesantes. La historia de México es emocionante y la literatura universal me inquieta sobremanera. He visitado pocas veces la dirección en el último mes y la profesora Irma está fascinada con mi nueva actitud. Creo que deberían agradecerte pues quererte con disimulo me hace feliz y estabiliza mis locuras. Esta y muchas más son las ventajas de conocer tu nombre y haberte escuchado decir: "*Gracias",* sólo a mí, mirándome con ternura y rozando tu mano con la mía, convirtiéndome en tuyo, para siempre.

Tu nombre verifica mi existencia.

Tu nombre justifica la eternidad de este anónimo encierro llamado Escuela…